

Perspectivas estratégicas

para el Desarrollo Humano
Integral de la Argentina

Prólogo de Itai Hagman

Gonzalo Armua
Ulises Bosia
María Gimena Cánepa
Romina Chuffardi
Bruno Giormenti Moravec
Comps.

PALABRAS DE LOS COMPILADORES

Este libro, y en general el trabajo de la Fundación para el Desarrollo Humano Integral, expresa una acumulación de conocimiento técnico al servicio de un proyecto político. La misión fundamental de la Fundación DHI es aportar a la construcción de un programa de planificación del desarrollo de la Argentina, un verdadero Proyecto Nacional que nuestro país se debe hacer demasiado tiempo.

Naturalmente, se trata de un propósito que guía nuestra acción, pero que supone una serie de mediaciones previas y que trasciende largamente al espacio político más cercano, al ecosistema del que nuestra Fundación forma parte, que es el de Patria Grande y Argentina Humana. Una de esas mediaciones, que representa un punto de partida para nosotros, es el Plan de Desarrollo Humano Integral, publicado a mediados de 2023.

En este libro se reúnen capítulos que proponen lineamientos generales para abordar las grandes reformas que consideramos hacen falta para volver a poner a la Argentina en un sendero de desarrollo. No son el resultado final del proceso, sino una estación intermedia. Por eso decimos que tienen carácter preparatorio o preliminar¹: son una base para el diálogo con personas de diferentes trayectorias políticas, militantes, académicas o técnicas pero interesadas, como nosotros, en el bienestar de nuestro pueblo y de nuestro país.

Una vez enriquecidos y consolidados estos lineamientos generales, podrán ser la base para un ejercicio de planificación estratégica propiamente dicho, lo que supone la definición de aspectos mucho más detallados en cada uno de los campos: metas y objetivos cuantitativos, costos y tiempos, instrumentos necesarios, mecanismos de control y evaluación, alianzas, etc. Para quienes formamos parte de la Fundación DHI este es un aspecto crucial de nuestro método de

1. También lo podemos llamar propedéutico: todo aquello que funciona como base o punto de partida antes de empezar a estudiar una disciplina, ciencia o etapa educativa.

construcción política y de gestión de lo público. Ese método buscamos plasmar en este libro, por el cual agradecemos especialmente a los equipos de CLACSO, por su colaboración para esta copublicación.

Tenemos la expectativa de poder hacer un aporte a una tarea que nos trasciende pero que nos convoca hoy como siempre, y también más que nunca: la construcción de un proyecto político que les permita vivir a todos los argentinos y argentinas con dignidad, ubicando a nuestro país (y de forma inexorable, a nuestra región) en un sendero de prosperidad, dignidad y soberanía.

Septiembre de 2026

Gonzalo Armua

Lic. en Comunicación (UNLaM), Mg. en Teoría Política (UBA), especializado en geopolítica e integración regional. Coordinador de la Fundación DHI.

Ulises Bosia

Profesor de Filosofía (UBA), Mg. en Historia Económica (UBA). Subsecretario de Atención a Inquilinos de la Municipalidad de La Plata. Coordinador de la Fundación DHI.

María Gimena Cánepa

Formada en el campo disciplinar de la Sociología, especializada en los procesos educativos y comunitarios. Coordinadora académica de la Fundación Universidad Latinoamericana de las Periferias (FULPe).

Romina Chuffardi

Lic. en Sociología (UBA), especializada en políticas sociales. Directora de Investigación e Innovación del Ministerio de Ambiente de PBA. Coordinadora de la Fundación DHI.

Bruno Giormenti Moravec

Profesor de Antropología (UBA), Maestrando en Sociología Económica (UNSAM). Coordinador del CEDESU y la Fundación DHI.

PRÓLOGO

La Argentina parece encontrarse en un momento de movimientos tectónicos de sus cimientos y conmoción general de certezas. Esta situación deriva, en parte, de razones internas que remiten a cierto agotamiento con el régimen económico, político y social que emergió hace 25 años de las ruinas de la crisis de 2001. Problemas que se acumularon sin resolverse y una última década en la que la sociedad vio cómo se sucedieron gobiernos de signos opuestos que no encontraron soluciones suficientes y se mantuvieron muchas veces en la formalidad superficial de las palabras, los discursos, las imágenes y las ideologías. Por eso el agotamiento fue más allá del rechazo hacia un gobierno, un conjunto de políticas públicas o una identidad ideológica, para tomar la forma de un cuestionamiento general a un edificio construido sobre el aprendizaje que el pueblo argentino logró tras la mayor crisis de su historia.

La respuesta de la dirigencia política a aquella bisagra histórica del cambio de siglo buscó conjurar el temor al regreso de la crisis y delinear el contorno de un futuro imaginable: una gestión económica más preocupada por la tasa de desocupación que por el riesgo país; una dirigencia enfocada en representar antes que en negociar; una política social que cambió los palos de la represión por la incorporación ciudadana y económica. Para quienes nacimos con la democracia y crecimos en el enfrentamiento al orden de los 90, todas esas opciones significaron un piso muy valioso, cuya consolidación —impensable sin el impacto del torbellino popular desatado en diciembre de 2001— dio lugar a las mejores experiencias políticas de nuestras vidas, al cierre de una etapa marcada por la más cruda exclusión social, a la posibilidad de pensar y soñar con un proyecto nacional a largo plazo y enraizado en nuestra historia. Hoy el viento parece soplar para otro lado y esta crisis del régimen vigente toma la forma de una derrota cuyo alcance aún desconocemos y puede simbolizarse en el hecho que encierra todas nuestras debilidades juntas: la persecución y proscripción de Cristina Fernández de Kirchner.

Otras razones de la situación actual tienen que ver con el impacto de las grandes transformaciones tecnológicas y productivas que a nivel planetario dieron lugar al ascenso asiático, a la crisis de la globalización neoliberal y al inicio de un proceso de mutación del capitalismo en Occidente. Las fuerzas políticas de derecha extrema, especialmente en países dependientes como el nuestro, aparecen así como las vanguardias combatientes de una batalla cultural para dejar atrás cualquier vestigio de los Estados de Bienestar y retornar a formas de producción propias del siglo XIX, impulsadas por una élite de billonarios al servicio del complejo militar-industrial norteamericano. Vistos desde la periferia, los discursos futuristas de las ciudadelas transhumanistas dejan entrever un reverso apocalíptico: el inicio de los juegos del hambre.

Las perspectivas libertarias suponen cambiar la vocación universalista de las políticas públicas por la administración de la escasez, renunciar a la planificación y la previsión del futuro —dentro de los límites en los que podemos hacerlo— y resignarse al riesgo y la incertidumbre que deja a una parte de nuestros hermanos a la intemperie. En nuestra versión criolla, retomar el sendero de la Argentina del Centenario, recordada por el partido gobernante como un tiempo de grandeza sin igual. Como entonces, la propuesta que aparece en el horizonte es la de ocupar el hueco preparado para nosotros por la división internacional del trabajo, que no es otra cosa que suministrar *commodities* de bajo o nulo valor agregado a los distintos centros de poder mundial, como un apéndice neocolonial de la metrópoli de turno.

La velocidad, profundidad y características de la innovación tecnológica y productiva obligan a esforzarnos más que nunca para imaginar qué puede significar para la Argentina una nueva industrialización en el segundo cuarto del siglo XXI. A su vez, y ante los discursos que —nuevamente— toman los cambios tecnológicos como equivalentes al “fin del trabajo”, resulta indispensable repensar las transformaciones en el mundo de los trabajadores y trabajadoras de nuestro país, discutir los cambios o innovaciones legislativas que hacen falta y cuestionar también las reformas regresivas votadas recientemente en el Congreso de la Nación. Al mismo tiempo resulta central reivindicar la centralidad del trabajo —en todas sus formas— como eje ordenador de la existencia individual y social y como factor de realización y creatividad, vocación que necesariamente le pone un límite a la voracidad del capital.

Razones internas y externas nos llevan a pensar que se trata de un momento histórico crítico para discutir sobre los grandes temas irresueltos de la Argentina, que no son más que las soluciones a las necesidades que demanda nuestro pueblo. De ahí que sea decisivo para intervenir políticamente en este momento

actualizar y reformular la perspectiva nacional y popular. Poner en el centro el requerimiento de afrontar los problemas reales y alcanzar soluciones efectivas. Dejar de lado esquemas ideológicos impermeables a los cambios dinámicos de la realidad y ser capaces de sentir, escuchar e interpretar las demandas centrales de nuestro pueblo. Ejercer la autoridad sin titubeos para conseguir las transformaciones necesarias. En función de estas consideraciones, la pregunta que buscamos contestar con este libro es: ¿cuáles pueden ser los lineamientos estratégicos para actualizar un programa para el campo nacional y popular argentino que apunte al desarrollo humano integral?

¿Qué es el desarrollo humano integral?

En este prólogo, que antecede a 18 capítulos dedicados a diversas cuestiones de la realidad nacional, nos parece apropiado proponer una sistematización del propósito general que los articula a todos. Cuando hablamos de “desarrollo humano integral” no lo hacemos en un sentido inocente, sino que tomamos un concepto que tiene densidad, historia y una serie de rasgos incorporados en sus raíces que hacemos propios en nuestra reflexión. Sabemos muy bien que la palabra “desarrollo” tiene múltiples acepciones, a tal punto que se convierte a veces en una forma de imposición desde los centros de poder. De ahí la necesidad de calificarla con una mirada humanista.

El origen del concepto remite a la Doctrina Social de la Iglesia Católica, particularmente en el contexto del Concilio Vaticano II. El actual papa León XIV le dedicó un espacio significativo en su primera carta encíclica *Magnífica Humanitas*. Allí, en el párrafo 82, remite directamente al magisterio de Paulo VI y redacta esta definición:

“Por desarrollo humano integral entendemos un proceso en el cual el crecimiento de las personas y de los pueblos abarca todas las dimensiones de la existencia y abre el futuro también a las generaciones venideras”

Bajo esta concepción el desarrollo es, al mismo tiempo, individual y colectivo: un problema de las personas y de los pueblos. Este primer fundamento supone ya un conflicto con las miradas liberales —y libertarias— que endiosan la individualidad, la meritocracia o el emprendedurismo y otras formas de convertir en ideología a la absolutización del individuo como única realidad existente. El pueblo existe. Mejor dicho, los pueblos existen, y son también sujetos del desarrollo. Pero este hecho no supone perder de vista las realidades individuales, ni en sí mismas ni en sus relaciones mutuas, entre ellas y con el colectivo que las trasciende.

Esta mirada asume que no hay un solo modelo de desarrollo posible, ni una sola forma de crecer: cada persona y cada pueblo es una realidad única y debe encontrar la forma de expresar su propio camino del desarrollo humano integral. Pero además el desarrollo debe “inculturarse”: hacerse carne en la realidad de cada uno de los pueblos y adoptar los sentidos que se desprenden de su cultura. No es lo mismo el “desarrollo humano integral” en China que en la Argentina, Colombia o Italia. Eso no niega el espíritu de universalidad —que puede plasmar-se en la construcción de indicadores, metas o propósitos comunes basados en la resolución de necesidades humanas—, pero sí las tentaciones de uniformizar un camino que por definición debe ser autóctono y singular.

Encontramos también el objetivo del “crecimiento”. Esta referencia es fundamental, tanto frente a las acusaciones de “pobrimo” como a las ideologías (generalmente europeas) que promueven cualquier forma de “decrecimiento” en un país atravesado por urgencias sociales y con grandes dificultades desde hace más de una década.

Inmediatamente después, sin embargo, se aclara que se trata de un crecimiento que abarca a “todas las dimensiones de la existencia”, con lo que toma distancia de las perspectivas economicistas. El “desarrollo humano integral” se diferencia de dos tipos de planteos. En primer lugar, de las miradas liberales que promueven las “teorías del derrame”, según las cuales del crecimiento económico necesariamente se desprende una mejora de las condiciones de vida del conjunto del pueblo. En segundo lugar, de los enfoques desarrollistas que, aunque más afines a nuestro campo político, encierran su lectura en la estructura productiva y la infraestructura nacional, dejando en un lugar subordinado a la distribución del ingreso y la riqueza e, incluso, a aspectos fundamentales como el impulso de la cultura y la autoestima nacional, el acceso y la producción artística o deportiva, la promoción de la salud, la educación y los valores y el derecho al esparcimiento y al ocio. En otras palabras: el derecho a buscar la felicidad.

Con los enfoques liberales se presenta una relación de antagonismo directo, por su carácter deshumanizante y dependiente, mientras que con las visiones inspiradas en el estructuralismo y el desarrollismo económico (aunque compartimos la asignación de un rol relevante para el Estado en la planificación y orientación del crecimiento), aparecen diferencias que en un proyecto político común es necesario procesar. Un ejemplo es el de la “economía popular”: ante políticas como las del gobierno actual, la única opción es luchar por la supervivencia de sus unidades productivas. Pero ante sectores influenciados por las miradas desarrollistas damos una discusión en torno a una comprensión desprejuiciada y honesta sobre un fenómeno que señalamos como estructural, masivo y estable,

y en consecuencia, no desaparecerá de la noche a la mañana con políticas de aliento productivo. Es más, buscamos reconocer en las unidades productivas de la economía popular —así como en quienes forman parte de la economía del cuidado— un rol que, aunque el mercado no siempre valoriza, sostiene el tejido comunitario. Un papel sin el cual la economía y la sociedad sucumbirían todavía más en la desprotección, la violencia y la desintegración.

La referencia a la “apertura” del futuro y a las “generaciones venideras” conecta, finalmente, con el pensamiento de largo plazo en esta era de la inmediatez. Vivimos un momento en el que el tiempo por venir representa para millones una amenaza, un lujo o, directamente, algo impensable en medio de la lucha diaria por la supervivencia. Resulta imposible no relacionar esta cuestión con la conciencia ecológica: esa responsabilidad plasmada en la noción de “cuidado de la casa común”.

Pero la apertura del futuro remite en realidad a una gran cantidad de elementos que tienen que ver con el orden intergeneracional: el cuidado de los niños, niñas y adolescentes, verdaderos únicos privilegiados, implica también un aspecto vital. Lo mismo podría decirse de las políticas orientadas a la vejez, que representan un desafío cada vez más urgente de acuerdo a las tendencias demográficas actuales. Hoy, como propone este libro, adquiere una relevancia central discutir cómo afrontar cambios estructurales en el sistema previsional. El acceso a la tierra y a la vivienda constituye un factor capital para planificar la existencia y proyectarla hacia adelante. Y un último tema que integra este volumen y resulta relevante para las generaciones futuras es el del endeudamiento externo irresponsable que, si bien debe ser gestionado y administrado en el presente, representa una carga pesada en los hombros de argentinos y argentinas que ni siquiera nacieron. No hay pueblo ni nación si no se consigue entrelazar la memoria de las raíces que nos constituyen históricamente con la comprensión del presente y la esperanza hacia un futuro común. Nada de eso es posible sin diálogo y conciencia intergeneracional.

Necesidades, técnica y planificación política

Resulta importante compartir una reflexión sobre el método de trabajo de la Fundación DHI que dio lugar a este libro: la relación entre necesidades humanas, conocimiento técnico y planificación política.

El conocimiento especializado en cualquier campo —económico, jurídico, sanitario, científico, de la ingeniería o el que fuere—, es un elemento fundamental para el desarrollo humano integral. De ahí la importancia no solo del sistema

científico tecnológico argentino, sino de promover una política científica centrada en la construcción de soberanía y autonomía tecnológica, con investigaciones y desarrollos aplicados directamente relacionados con las necesidades del país (y no con las agendas de los países centrales o de sus empresas). Pero desde el punto de vista conceptual la planificación del desarrollo no empieza por el saber técnico especializado sino por escuchar, identificar e interpretar las necesidades humanas de nuestro pueblo, convertidas en demandas más o menos explícitas. Y para eso no alcanza con la información que se puede encontrar en un informe, estudio o censo. También es necesario el contacto directo y la cercanía. No basta con la racionalidad para la interpretación, hacen falta los sentidos.

Este punto de partida es para nosotros un elemento central que no se reduce a una primera etapa del proceso de planificación, sino que debe acompañar el conjunto del método de trabajo, no solamente de análisis y diseño de políticas públicas, sino también de ejecución y posterior evaluación. La cercanía con los más pobres de nuestro pueblo, con quienes sufren, con quienes están en las periferias geográficas y existenciales de nuestro país, se convierte en un elemento metodológico central. Cuando perdemos esto de vista caemos en opciones que pretenden sustituir con distintos pretextos la participación protagónica del pueblo en la conformación de su destino. Lejos de ser un slogan marketinero, la participación activa de nuestro pueblo en la planificación, implementación y evaluación de las políticas es en nuestro método una premisa insustituible.

¿Cuáles son, por ejemplo, las necesidades fundamentales de las personas con discapacidad? ¿Estamos dispuestos a escuchar, interpretar y dar espacio para que sean esas mismas personas las que lleven adelante las soluciones, a la hora de planificar las políticas públicas? Lo mismo podríamos decir sobre cuestiones más espinosas, como las reformas del poder judicial. ¿De dónde corresponde partir para pensar cambios profundos en un poder del Estado que funciona visiblemente mal? Elegimos hacerlo partiendo de las necesidades sociales que no satisface y de los problemas de las personas para el acceso a la justicia, pero también de la captura de espacios judiciales al servicio de intereses económicos y políticos. ¿Podemos afrontar las discusiones sobre las políticas de seguridad partiendo de algo tan básico y necesario para cualquier persona como es salir a la calle sin tener miedo por su integridad y sus bienes? Se trata de encarar las demandas sociales existentes, dejando de lado cualquier tentación de hacer primar las formalidades por sobre las realidades, como sucede en el inconducente debate entre “mano dura” y “garantismo”.

Los capítulos de este libro parten de poner en el centro de las inquietudes y necesidades del pueblo. Si pensamos en el sistema sanitario o en el educativo, empezamos por la preocupación por sus usuarios. De allí se desprenden luego las cuestiones de infraestructura, presupuestarias o laborales necesarias para asegurar el cumplimiento de los objetivos. Esto mismo sucede con dos cuestiones que, en apariencia, estarían un poco más alejadas del sentir popular y las demandas urgentes, como son las de las políticas de defensa y de inteligencia. Sin embargo, no es difícil conectar una reivindicación popular tan sentida como la de la soberanía sobre las Islas Malvinas —y el resto de los territorios insulares usurpados por el Reino Unido— con la necesidad de una política de defensa inteligente y robusta, así como con un sistema de inteligencia al servicio del interés nacional.

Nada de esto significa romantizar la pobreza y la ignorancia. Tampoco subestimar el valor del conocimiento técnico ni el rol de las decisiones políticas. Cada cosa en su lugar y cumpliendo un rol insustituible, pero complementario. Resulta interesante remitir en este sentido al proceso de planificación que llevó adelante el peronismo a mediados del siglo pasado durante el primer y el segundo Plan Quinquenal. Indudablemente hubo una autoridad política estatal que lo impulsó y coordinó su ejecución, encabezada por el propio presidente de la Nación. También una participación determinante de los especialistas técnicos, reunidos originalmente en el Consejo Nacional de Posguerra, que debieron construir un diagnóstico en condiciones de muchísima precariedad informativa. Pero a la vez tuvo un papel imprescindible el conjunto del pueblo, no solamente asumiendo e incorporando los objetivos generales de la planificación votados por el Congreso —existió para eso un fuerte trabajo de propaganda—, sino que fue convocado, individualmente y a través de las organizaciones intermedias de la comunidad, a la realización de propuestas, a la ejecución y al control.

Este tipo de experiencias históricas representan ejemplos de lo que en este tiempo nos proponemos actualizar. Muchas de las carencias en términos de capacidades estatales son similares a las de aquella época. Basta pensar en lo que requirió el proceso de integración socio urbana de los barrios populares, donde ni siquiera existía una base de datos confiable.

No se puede imaginar ni planificar el futuro parados desde la nada, ni mucho menos desde la importación de enfoques sin puntos de contacto con la realidad nacional. La experiencia que estamos haciendo, de un presidente con vocación de un mesianismo refundacional, que utiliza un discurso “austríaco” para rematar el patrimonio nacional, enseña hacia dónde nos conducen ese tipo

de miradas. Al contrario, el espíritu de la Fundación DHI es el reconocimiento de las raíces históricas que configuraron nuestro pasado, la identificación de los problemas de nuestro presente y la proyección de un futuro de dignidad y prosperidad para el conjunto del pueblo argentino. Ni nostalgias anacrónicas ni utopismos mesiánicos.

Esperamos que este primer libro sea un aporte a la construcción de un diálogo con tantas personas interesadas en los grandes problemas del país, con las que iremos dando forma al proyecto nacional que nuestro pueblo merece.

Itai Hagman

Lic. en Economía, especializado en Economía Política con mención en Economía Argentina. Docente universitario. Presidente de la Fundación DHI. Diputado Nacional por la CABA. Fundador del OCEPP y el CEDESU.